

BIODIVERSIDAD Y EXPLOTACIÓN

José Alba Alonso, Profesor de Economía Aplicada de la Universidad de Oviedo

Quiero empezar diciendo que no es el currículum académico lo más importante. Algo de lo que me siento muy orgulloso, y que aclara quien soy, es mi pertenencia a la Asociación Asturiana de Amigos de la Naturaleza desde los ochenta (ya en los setenta había sido “Lince” de WWF) y mi pertenencia a los consejos asesor y científico de “Amigos de la Tierra” en los años noventa. Seguramente por eso me parece magnífico cómo me presentó Pancho Purroy en dos palabras: “economista pajarólogo”, lo que no quiere decir que sepa de pájaros, que no es el caso. Y también me gustaría destacar que he elaborado -sin cobrar- varios informes periciales económicos para grupos verdes en procesos judiciales y colaborado en trabajos transdisciplinarios aplicados sobre actuaciones que pudieran ser lesivas en la Cordillera Cantábrica. Eso no me ha dejado al margen de impartir clase en postgrados como el de Espacios Naturales Protegidos de la Fundación Fernando González Bernáldez, en colaboración con las universidades de Alcalá, Autónoma de Madrid y Complutense en todas sus ediciones y en el módulo del Catedrático de Ecología Antonio Gómez Sal, de haber compartido cursos de doctorado sobre cambio climático con el Catedrático de Ecología Ricardo Anadón o de haber impartido docencia, tanto en España como en otros países, para varias ediciones del Máster Internacional en Biodiversidad Marina y Conservación, formando incluso parte de la Comisión Académica del mismo. También he colaborado con el Comité Iberoamericano de Reservas de la Biosfera, de la UNESCO, en no menos de media docena de cursos especializados, algunos de ellos sobre Biodiversidad en los Trópicos, en los que me correspondió organizar toda la parte referida a aspectos socioeconómicos, y donde me ocupé de alguna docencia. Y he tenido el honor de redactar uno de los ejemplos que ha querido proponer la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (IUCN) sobre espacios naturales protegidos de la máxima protección dentro de los que tienen presencia antrópica (Alba, en Dudley & Stolton, 2012) Como muestra de la importancia que doy a la interdisciplinariedad, y a la Ecología, no sería la

primera vez que llevase a un ecólogo para dar una conferencia en un Máster en Turismo, por ejemplo, o en los muchos cursos de desarrollo sostenible que organicé. Digo esto para que se vea que no me resulta lejano el tema de la Ecología, de la biodiversidad y del ecologismo, y que he colaborado muy habitualmente con ecólogos, pero también con ingenieras, sociólogos, geógrafas, informáticas o incluso psicólogos.

Dicho esto, voy a centrarme en el título dado. Recuerda viejas polémicas y mueve a una afirmación inicial. Creo que todos estamos por la biodiversidad y nadie por la pura explotación, está por ver si alguien está por la pura biodiversidad. Abogamos por un desarrollo que no debería precisar calificativos, intrínsecamente ha de contemplar cuestiones de las que luego hablaremos, más allá del PIB. Y hay que contextualizar este debate en un ámbito social, no tendría sentido venir aquí a hablar de cómo se aplica una fórmula que han acuñado los científicos de un campo ni de cómo los crecientistas más depredadores proponen explotar todo de cualquier manera. Se trata de ver qué hacemos, como sociedad, con los recursos naturales, cuál es la forma en la que una actuación antrópica va o no contra esa biodiversidad -tan importante- y qué actuaciones generales resultan positivas o no. Sin embargo, por otra parte, nuestra moderadora ha enlazado este debate con su verdadero origen: la variedad de planteamientos contrapuestos abiertos ante un trabajo del Instituto de Recursos Naturales y Ordenación del Territorio de la Universidad de Oviedo, contestado por el Profesor Ojanguren, miembro de Geotrupes. No estamos aquí ni las autoras de los trabajos de Indurot ni quien suscitó el tema en prensa, intentaremos aportar información, razonamientos y nuestras propias ideas al respecto.

Debo decir que me gusta mucho citar una frase de Séneca que plantea espléndidamente algo previo a muchas decisiones y debates: “No hay ningún viento favorable para el barco que no sabe a qué puerto se dirige”, idea también recogida por Lewis Carroll, cuando Alicia pregunta “¿Qué camino debo tomar?” y el gato de Cheshire le responde “eso depende, fundamentalmente, de a dónde

quieras ir”. Hemos de saber qué es lo que queremos, si más biodiversidad, más paisaje, más industria, más infraestructuras, más osos, más ganadería o ver el medioambiente en documentales, entre otras muchas alternativas. Eso no lo puede decidir la Ciencia, los científicos podemos aportar conocimiento, pero nuestra contribución se queda en una aportación para que la sociedad encauce los temas considerando muchas otras cuestiones, entre ellas las preferencias sociales expresadas por los cauces existentes (mejorables, obviamente, pero que yo, al menos, he usado con profusión como ciudadano, que no como académico, como también he comparecido siempre que me han llamado, en uno u otro papel, para informar en torno a algún tema).

Lo anteriormente expuesto nos lleva a una reflexión inicial inevitable: hace más de medio siglo que se tiene plena conciencia de la importancia del conocimiento científico aplicado en combinación con los procesos de participación social. De ahí deriva la creación de la Agencia Medioambiental USA y los estudios de impacto ambiental en el mismo ámbito (años sesenta), luego extendidos a otras áreas, como la europea. Y esto nos obliga a tener gran capacidad para interactuar, quienes saben de ingeniería deben entenderse con quienes conocen las ciencias sociales, y quienes investigan en estas con las personas expertas en Ciencias de la Tierra, especialistas en Derecho no pueden ignorar la Ordenación del Territorio estudiada por departamentos de Geografía, ni en estos pueden quedar al margen de la Informática. Podríamos seguir indefinidamente, si bien la realidad nos muestra que hay muchos “especialistas” que levantan muros para no entenderse con nadie más que con sus congéneres: ese reduccionismo es empobrecedor, va en contra del progreso científico y del desarrollo. Pero la ciencia no sigue al pensamiento ilustrado de hace dos siglos, no impone su verdad, presta su colaboración en un proceso complejo de gobernanza en el que la participación social es crucial para el éxito de cualquier iniciativa, y esa aportación se hace previa confluencia de los distintos campos del saber, aportando cuanto se sabe sobre el objeto que interesa a la sociedad para que sea ésta la que, combinando la participación social y la decisión política final, decida qué se hace.

También debo hacer referencia (muy de pasada, como los muchos aspectos a contemplar aquí precipitadamente) al marco europeo. La PAC se vio atacada en la Ronda Uruguay del GATT y desde la creación de la Organización mundial de Comercio, hace ya un cuarto de siglo, se han prohibido las ayudas a la producción, que se han ido desmantelando. La forma en la que se hace llegar dinero a la gente del campo es por su contribución a mantener unas condiciones culturales y medioambientales que son positivas para la sociedad. El gran pecado es que no se le ha explicado claramente por qué se le paga, simplemente la formulita, y andar con tanto numerajo no es bueno siempre, tantas hectáreas, tanto cobras (es más complejo, esto es un flash orientativo). Hay que saber qué significan los números y por qué son importantes. Esto es difícil, tanto a ras de tierra, como en los despachos de Bruselas, donde quedan muy lejos territorios absolutamente diversos de punta a punta del continente. Y dentro de todo el entramado hay también una **Estrategia de la Unión Europea sobre la Biodiversidad hasta 2020, que incluye expresamente los “prados de montaña”** (COMISIÓN EUROPEA, 2011). Esto supone que ahí se incardinan posibilidades de actuación, precisamente para conservar algo que en el ámbito de la UE se considera bueno, y entre otras cuestiones, esa idea obedece al interés por la biodiversidad que se asocia a dichos “prados de montaña”, más allá del INDUROT y de España.

Aunque luego pasemos al tema general, empezaré por lo que nos propone Emma, y debo decir que he leído dos artículos científicos en los que participan investigadores del INDUROT de distintas especialidades y relacionados con el proyecto SOS PRADERAS, encuadrado, a su vez, en INTERREG SUDOE (García Manteca et al., 2018 y Reiné et al. 2019). No entraré aquí en detalles, simplemente hago un bosquejo de la cuestión. El primero de los artículos, de casi un año antes a la irrupción de la polémica, lo hacen tres investigadoras de INDUROT, de distintas especialidades, y da comunicación de los resultados de un estudio hecho en tres áreas perfectamente delimitadas de Picos de Europa, analizando la evolución que se ha producido en sus prados de montaña durante 60 años, desde 1956. El estudio detalla la metodología, usa información gráfica

desde el llamado “vuelo americano” hasta la más reciente, recaba información en el ámbito local y analiza datos demográficos, sociales y económicos. Se procede a identificar cómo -permítaseme el apresuradísimo resumen- las tierras de labor pasan a prados de siega, estos a prados que no se siegan y se usan a diente, los pastos a landas, desarrollos arbustivos, bosques incipientes etc. En paralelo al análisis gráfico se hace una descripción de los usos tradicionales y las ventajas que comportaban para la biodiversidad (pastoreo, siega, rastrillado, abonado, ausencia de siembras con semillas compradas, sin piensos o inputs químicos...). Y se analiza la importancia que tienen diversas variables en el hecho de que se vaya produciendo una transición, aceleradísima en los últimos años, que hace que las fincas sean explotadas de una forma muy peculiar, con maquinaria, elementos extraños al medio e incluso abandono de manejos ganaderos que contribuían a mantener un difícil equilibrio alcanzado al cabo del tiempo.

Es en este punto en el que quiero referirme a dos extremos en los planteamientos que hay en la sociedad respecto a este tipo de cuestiones. De un lado, están quienes propugnan la vuelta a una naturaleza primigenia, el abandono humano del medio natural. Por el otro, quienes entienden que solo la presencia humana permite la conservación, al contribuir desarrollando una serie de funciones imprescindibles en paisajes como el de los Picos de Europa. No es que yo encasille a nadie en bandos, es que cualquiera puede percibir directamente esos grupos que se autocalifican o que califican al otro de “buenos” o “malos”, invirtiendo quién ocupa cada lugar en opinión de los contendientes. No avanzo ahora mi postura personal, que no va ni con unos ni con otros, prefiero hacer una somera mención a lo que ha sido la evolución al respecto antes de manifestarme con algún detalle.

Cuando se vio que los humanos destrozábamos la naturaleza hubo quien planteó dejar alguna parte al margen de la explotación: serían los primeros Parques Nacionales de Norteamérica. Pero esto entraña una lógica distinta a la que tenemos en la poblada Europa, el gobierno de Estados Unidos adquiere los terrenos que luego son retirados del “mercado” (y debo decir que si no tienen

habitantes, como los Picos, es porque echaron a los indios que los habitaban). En ese tipo de espacio natural no hay actividad económica, si bien con el tiempo, los usos turístico-recreativos han venido a introducir alguna distorsión.

En nuestras montañas vive gente, y es preciso constatar que, pese a la utilización extrema de los recursos, la población más insertada en la naturaleza ha sabido convivir en muchos casos con gran variedad de especies vegetales y animales. Por eso se han podido producir multitud de declaraciones de espacios naturales protegidos en la Península Ibérica y los archipiélagos balear y canario. Las condiciones naturales de la Península Ibérica están reconocidas con declaraciones y en publicaciones de todo tipo, muy por encima de territorios donde la industrialización y otra forma de utilizar el ámbito rural dieron en restringir las condiciones seminaturales a zonas muy localizadas. Es algo constatable, la biodiversidad que permitió a Félix Rodríguez de la Fuente hacer sus magníficos documentales o que nos ha llevado a cantidad ingente no solo de declaraciones de ENP sino de estudios por doquier hubiera sido imposible si pensásemos en las gentes del campo como meros explotadores. Algo vagamente familiar tenían de una cultura naturalista concomitante con la que se cita en los pueblos originarios americanos: sabían que no podían enfrentarse a la naturaleza, provocar aludes, contaminar aguas que necesitaban, consumir en exceso, destrozar tierras de cultivo, etcétera. Y sabían también extraer de la montaña la última brizna de pasto disponible para cabras y ovejas, algunas hierbas medicinales, elementos de construcción como piedra, madera o retama, y hacerlo sosteniblemente. Muchas veces se ha citado a un jefe indio norteamericano, aludiendo a un discurso que no se puede garantizar que se haya producido realmente, pero cuyo contenido tiene su trascendencia. Por eso hemos podido declarar los parques, allí donde no se dieron estas condiciones hay otro medio biogeofísico más alterado y de menor valor natural. Esto no equivale a decir que lo que ahora se hace sea lo mismo que se practicaba hace medio siglo.

Citaba un primer artículo de Indurot (por abreviar) y hay uno segundo escrito en colaboración con otros investigadores de la zona norte de España, planteado con

el objetivo de ver cómo podrían orientarse las ayudas en el futuro, pero que entiendo que no es el objeto de la polémica, incluso es posible que se haya conocido después. Para resumir, diríamos que un primer artículo analiza científicamente, con un método propio que no es el de los ecólogos (pero plenamente válido, a mi juicio), las variaciones en el uso del suelo y la vegetación, los cambios en la forma de aprovechar los recursos por parte de la especie humana, y establece, en esos casos estudiados que, como resultado de dichos cambios y de la despoblación, fundamentalmente, se produce una evolución que supone cambios en los prados de montaña. Y el segundo artículo se plantea cómo se podría incentivar la conservación de los mismos.

No voy a desgranar los argumentos de Alfredo Ojanguren, que para eso está aquí Rolando, pero sí quiero decir que los titulares de prensa son bien claros, y ciertos. “La pérdida de pastos no siempre resta valor ambiental”, evidentemente. No siempre llueve en el Sur de California, aunque lo diga la canción ni siempre ... casi todo. Es una tautología. Y entramos en un terreno movedizo, el del monopolio científico. Los ecólogos pueden usar unos métodos, las ingenieras de montes otros, los geógrafos tienen los suyos y las edafólogas también habrán discurrido alguna fórmula propia. Hay que ver si el método está bien aplicado, no si alguien ha usado el (único) método que alguien da por bueno. A mi parecer, que ni soy uno ni otro, el método aplicado por las investigadoras de INDUROT es válido para establecer las conclusiones a las que llegan (y en las que no se destaca particularmente lo que se les critica, por cierto). No hace falta aplicar una fórmula para concluir, se basan en imágenes, en informadores y en el análisis de los cambios en la forma de trabajar el terreno, cuyas repercusiones están estudiadas en la literatura. Pero si indagamos algo, veremos que hay juicios de valor que vienen de atrás, como puede leerse en este párrafo escrito hace unos años por Alfredo Ojanguren (y ya siento que no esté aquí como era lo previsto, pero tengo que aludir a él, dado que así estaba planteado el debate desde hace tiempo) “Desde el punto de vista de la biodiversidad, la reconciliación mediante usos agrícolas tradicionales es mejor que una explotación intensiva, pero mucho peor que permitir la regeneración natural del bosque en unos terrenos que han

dejado de usarse” Ojanguren, Alfredo (2012): “La ecología de la reconciliación”, artículo publicado en el diario La Nueva España <https://www.lne.es/opinion/2012/06/14/ecologia-reconciliacion/1228075.html> (web consultada el 25-1-2020). O sea, léase, que el uso agrícola (entiendo que agropecuario) tradicional es algo peor que permitir la regeneración natural del bosque en unos terrenos que han dejado de usarse. Eso no es ciencia, es opinión, opinión legítima e informada, pero opinión que todos podemos tener en torno a ese rumbo a seguir al que aludía al principio, citando a Séneca y a Lewis Carroll. Y en las sociedades democráticas se siguen unos procedimientos para marcar fines y objetivos, que no son científicos, sino resultado de un proceso social y político. Elegimos, votamos, participamos en informaciones públicas, en consultas, en comparencias, y de ahí se derivan **estrategias como la europea sobre biodiversidad, que expresamente pone el acento en la conservación de los prados de montaña** (COMISIÓN EUROPEA, 2012). Poca reconciliación me parece la que veo en el párrafo citado, creo que Alfredo ha errado el tiro. Si está en contra de la idea de sacralizar la intervención humana y decir que los cazadores y los campesinos son los únicos que contribuyen a preservar los ecosistemas, entonces estamos de acuerdo. No me alinee, en absoluto, con Jaime Izquierdo, por ejemplo, cuando magnifica un papel que, no obstante, ha sido importante en el pasado. ¿Dónde está el quid de la cuestión?. Ya lo apunté en el Boletín del Ministerio de Agricultura hace más de un cuarto de siglo, y en innumerables conferencias, la cuestión está en la perversión de lo que se denominan “usos tradicionales”. Esto no equivale a “lo que hacen los ganaderos” porque los ganaderos actuales no practican solo los “usos tradicionales” que tanto se citan en torno a los ENP. Y hay una plena concordancia de esto con lo que resulta de las investigaciones de INDUROT, al abandonarse unas fincas y cambiarse la forma de trabajar otras se pierden determinados elementos.

Un ejemplo puede ayudar a comprender la cuestión extendida a otros ámbitos. Aunque he trabajado mucho en Picos, hay más elementos que me unen a Somiedo, incluso familiares, pero también la publicación en el libro que abordó inicialmente ejemplos de desarrollo en espacios naturales tipo V en todo el

mundo, en una colección de la UICN donde se trata de aportar luz sobre conservación y desarrollo (Alba, 2012). Si nos fijamos en un valle, pongamos el de Saliencia, donde existe el magnífico bosque de Tiblous, el conjunto de praderías incorpora elementos distintos del bosque, sobremanera si el mosaico incluye setos vegetales, un aprovechamiento ganadero extensivo y casi total ausencia de aprovechamientos industriales, con excepción del polígono indeciblemente ubicado en lo que incluso tuvo, en parte, calificación de “uso restringido especial”. ¿No es más diverso este valle con una gran parte salvaje, sobre todo en una de las laderas, y aprovechamientos humanos para ganadería que abarcan una parte significativa del fondo de valle y la ladera solana? Y entonces llegamos a la contradicción fundamental, porque parece que nadie que no sea ecólogo puede hablar de Biodiversidad. Yo, que soy un vulgar economista, estoy acostumbrado a que la gente se refiera a muchos de los conceptos que manejamos en la profesión, sin rasgarme las vestiduras, y entiendo que hay muchos términos económicos en los que también se aplican otros métodos para mejorar el conocimiento. ¿Puede un sociólogo hablar de la inflación, o una ingeniera de los costes de explotación, un ecólogo del valor económico de los servicios ambientales o un político de presupuestos? Evidentemente, y hay más de una forma de hacer los presupuestos o de calcular la inflación, pero estas palabras vienen a ser de uso general y no tienen por qué ampararse en una fórmula determinada que yo tenga en mi campo científico. Otra cosa es que se digan barbaridades, que entiendo que no es el caso del trabajo de Indurot. Se plantea el objeto y el método, y hay como en botica, pero no se puede admitir que solo haya un método válido para poder estudiar algo.

Una conclusión importante que quiero poner sobre la mesa y someter a la consideración es que las tres investigadoras de Indurot soportan adecuadamente su trabajo, desarrollado con una metodología adecuada al caso. ¿Podría hacerse de otra forma? También es cierto, lo mismo que puede hacerse un puente de metal, de madera o de cemento, y hacer una operación con bisturí o mediante laparoscopia, aunque probablemente alguien prefiera no operarse y seguir otro tipo de tratamiento, posiblemente químico, sin que por ello debamos despreciar

necesariamente la alternativa, que puede ser o no buena, lógicamente. Pero aquí veo una compartimentación impropia del conocimiento científico, una apropiación del objeto de estudio: esto solo lo podemos estudiar nosotros, y ahí me parece que se produce un empobrecimiento vil, algo que digo con plena conciencia. No es lo que he visto cuando colaboré con Bernáldez en la reunión que tuvo en Oviedo para hacer su informe sobre los eucaliptos en el Norte de España. Utilizó un método ágil, preguntó a muchos especialistas, alrededor de la mesa estábamos ingenieros de montes, biólogos, abogados y economistas, que yo recuerde. Y preguntó, preguntó mucho, recabó información. Algunos “expertos” científicos negaban que se pudiese decir que las plantaciones masivas que se promovían en Asturias fuesen malas y el prestigioso ecólogo aplicó la más pura y simple lógica para deducir que un árbol que crece tan rápido ha de extraer, necesariamente, muchos nutrientes del suelo que ocupa, empobreciéndolo. Elemental, mi querido Watson, no hace falta muchas veces cazar moscas a cañonazos. Pero también me cabe la satisfacción de haber traído aquí a Antonio Gómez Sal (a Cangas del Narcea, no a la Calle Uría), y de participar desde el inicio en su módulo del Máster en Espacios Naturales Protegidos, cuando se inauguró en Alcalá hace 20 años. A él le leí y le oí cómo la trashumancia propiciaba la siembra de determinadas especies vegetales, o la riqueza ecológica inmensa de las dehesas, zonas eminentemente humanizadas, que comparaba, al alza, con la selva amazónica. Y él si aplica fórmulas para esto. Por cierto, que no hay una fórmula universal, primero habremos de determinar cuál empleamos, para lo que habremos de justificar nuestro criterio, igual que hicieron quienes publicaron el artículo de referencia sobre los prados de montaña.

He querido ver la magnitud del problema al que nos enfrentamos, la clasificación no es la que me gustaría, pero es la que puedo mostrar, tomada de SADEI y referida al municipio asturiano de Cabrales, donde se encuadra uno de los tres espacios del estudio de García Manteca ya citado. Me gustaría haber dispuesto de datos del macizo de Picos de Europa o del Parque Nacional de los Picos de Europa y referidos al último año, lo que requeriría una investigación. Los que tengo a mano, en un primer vistazo, son estos:

SUPERFICIE TOTAL DE CABRALES EN 238,29. Unidad Km², año 2014.

TOTAL S. DE CULTIVO 0,44 (incluyendo herbáceas, 0,34, y leñosas, 0,1)

TOTAL S PASTOS 64,74 (praderías naturales 18,45 y pastizales 46,27)

TOTAL SUPERFICIES FORESTALES ARBOLADAS Y DE MATORRAL
115,03

(de las que son monte maderable 45,3, monte leñoso 43,27 y erial 25,83)

OTROS 58,08 (improductivo 53,12, no agrícola 3,18, ríos y lagos 1,78)

Ahora hago mis números. Incluso sumando los dos primeros apartados de cultivos y pastos (donde no todo son prados, pero todos los prados están incluidos) no llegamos a computar el 27,5 de la superficie del municipio. Lo demás supone largamente más del 70% ¿Es posible que estemos hablando de que mantener los prados va contra la biodiversidad de un conjunto donde en una muestra amplia, de más de 200 km², se dan estos datos? ¿Es o no dañino para la sociedad que se pierdan los prados que forman una parte de ese menos del 27.5% del total? ¿Estamos locos? ¿Queremos llevar a los campesinos a la hoguera? Yo no los pongo en los altares, pero tampoco quiero que los prados de los Picos de Europa desaparezcan y creo que es razonable hacer un comentario respecto a la pérdida de biodiversidad que supone, dentro del entorno de Picos de Europa, donde hay tan pocos prados, el hecho de que se pierdan aceleradamente los prados (no naturales, evidentemente) que hubo desde que tenemos constancia, y que llegaron a la época inicial del periodo estudiado con usos agropecuarios tradicionales. Hay mucho espacio en el que han convivido durante largo tiempo los pastores y la biodiversidad con una resultante que mereció una declaración de gran calado, como Parque Nacional. Peor convivencia es la que puede haber con el turismo masificado que afluye a zonas delicadas, que pisan unas capas de suelo levísimas, y que contaminan, aunque ni se paren a pensarlo (escrito tengo, antes de su construcción, respecto al saneamiento del “Refugio” de Urriellu, en pleno sistema kárstico, y otras lindezas). Contra esto hemos luchado muchos desde hace tiempo. El problema de los Picos no se resuelve dejando que todo

evolucione al estado primigenio, hace miles de años, esto es una opinión y no una aseveración científica, por supuesto. Las declaraciones norteamericanas tienen una lógica difícil de aplicar aquí, como también nos resultaría extraña la mística que muchos han tomado de un discurso que no sabemos si se produjo realmente (Seattle, 1854), en el que los norteamericanos ven una diferencia entre usos tradicionales de allí con los usos implantados por los WASP.

No quisiera terminar sin manifestar mi admiración por el trabajo de muchos ecólogos, empezando por Margalef. De la importancia que tienen para mí da buena fe que, siendo economista, haya llevado tales científicos al Máster en Turismo de Gijón, por ejemplo, o que un doctorando en Ecología (sobre el tema que tratamos, por cierto) haya trabajado como becario conmigo en Picos de Europa, o que haya propuesto proyectos de investigación en colaboración con ecólogos, todavía uno este año. Tengo compañeros, economistas, que todo lo fían a métodos de lo que Tinbergen -economista, Premio Nobel, en un ejercicio de autocrítica hace medio siglo- llamó “La tribu de los Econos”, por aplicar métodos reduccionistas. Y muchas veces me ha resultado complicado trabajar con algunas personas que no se salían de su fe, más que de su ciencia, y se marcaban limitaciones continuas en aras de lo que Camilo José Cela llamaba la “seriedad del asno” Esto nos vuelve al inicio, es preciso que sepamos aunar esfuerzos y no que pretendamos monopolizar campos, y si lo que deseamos es expresar una opinión política o juicios de valor, entonces debemos quitarnos la toga para bajar al barro a defender nuestras ideas, perfectamente legítimas. Yo me la quito muy a menudo y sé que esto puede desatar críticas en una y otra parte, en quienes llevan el academicismo por bandera, o el gremialismo o que puedan interpretar que su verdad lo soluciona todo. Hay que tener un sentido de la proporción, entiendo. Incluso siendo Parque Nacional (y excepcional, por albergar población), no diría que la desnaturalización o la pérdida de biodiversidad de los Picos de Europa pudiera deberse a una explotación intensiva realizada por los ganaderos en sus fincas, más bien, coincido con las autoras del estudio, la pérdida de prácticas tradicionales resta uno de los múltiples elementos que encontramos en los cientos

de kilómetros cuadrados de los Picos de Europa, un elemento que la Estrategia Europea considera importante para la biodiversidad.

Sé que son unas conclusiones duras, entiendo que debemos clarificar algunas cuestiones y por eso, a petición vuestra que me llamasteis, pongo aquí sintetizados los puntos que veo claros (pero que, obviamente, habrán de ser distintos a los muy particulares de cada cual):

- 1) Los trabajos de Indurot están científicamente fundamentados e intentan excluir juicios de valor, para centrarse en un análisis que sigue una metodología explícita, que no es la de los ecólogos.
- 2) La biodiversidad, la diversidad no se recogen sólo una fórmula ni son conceptos cuyo uso haya de quedar restringido al campo científico de la Ecología: ¡incluso existe una estrategia de la Unión Europea al respecto! Aceptar una limitación así sería comparable a que los economistas exigiéramos que solo nosotros pudiéramos hablar del producto nacional o del paro (por cierto, con fórmulas distintas aplicadas en diferentes épocas y países, algo similar a la variedad de fórmulas de biodiversidad) o que sólo los juristas pudiesen opinar respecto a sentencias que no cito por inconvenientes.
- 3) La pérdida de usos tradicionales, galopante, va generando cambios, y cabe decir que son empobrecedores (idea a la que me apunto, pero que no es científica) o que suponen una transición a una gran biodiversidad que se plantee como único objetivo (esto tampoco es científico).
- 4) No se ha planteado socialmente, en estrategias europeas sobre biodiversidad, ni en otras sobre desarrollo sostenible, que la biodiversidad sea un objetivo único y excluyente. Y puedo decir que se ha consultado, yo personalmente he comparecido para hablar de estas cuestiones y tenido algunos cauces para hacer llegar mi opinión informada. Menos veces de las que hubiera querido, he de apostillar, pero sí al nivel estratégico.
- 5) Los prados de montaña son algo expresamente considerado en las estrategias mencionadas y que se consideran (en ese acuerdo amplísimo

que supone un esfuerzo de conciliación) objeto importante de actuación (para conservarlos) por parte de la Unión Europea, que articula fórmulas para favorecer la biodiversidad.

- 6) No constato, ni en los estudios que pude hacer en la última y la primera década de siglo ni en los datos que ahora puedo manejar, que haya una explotación intensiva generalizada. Sí se ha constatado sobrecarga ganadera en algunas zonas, algo que habría que corregir, pero poco tiene que ver con los prados que son objeto de los trabajos comentados.
- 7) Me manifiesto abiertamente en contra de la religión que pone en los altares cualquier cosa que haga la gente del campo, como también de la que santifica la biodiversidad. Entiendo que la presencia humana en el territorio es necesaria, si bien lo que ha de primarse son los buenos usos y no cualquier cosa.
- 8) Es razonable hacer un comentario respecto a la pérdida de biodiversidad que supone (dentro del entorno de Picos de Europa, donde hay tan pocos prados como hemos visto), el hecho de que se pierdan aceleradamente prados (algo no natural) que hubo desde que tenemos constancia, y que llegaron a la época del vuelo americano, a mediados del SXX con usos agropecuarios tradicionales. Entre n elementos conformadores del todo, la pérdida de uno de ellos, menor, los prados de montaña, es motivo de general de preocupación en la Estrategia Europea para la Biodiversidad, para las autoras del artículo y para mí. No para todos, evidentemente, pero hay base para sustentar el planteamiento.
- 9) Al final, creo que se ha generado un debate a partir de un artículo de Ramón Díaz (LNE, 30-6-2019, pág. 14) en el que, según reconoce Alfredo Ojanguren en *Facebook*, a pregunta de David Rivas, se recogen bien sus declaraciones textuales. Pero creo que se apunta a cuestiones de pérdida de biodiversidad que no son comentarios centrales ni de relevancia en la publicación de *Naturalia Cantabrica*, pero que tampoco pueden descartarse categóricamente, según es mi opinión informada. No se rebate, sin embargo, el sentido del artículo de referencia hecho por investigadoras

de Indurot La tesis central y desarrollada en el documento podría resumirse así: se constata una pérdida progresiva y acelerada de la superficie de prados superior a dos tercios. Hay que hilar mucho para encontrar en qué puede haber una imprecisión respecto a temas que se pasan por encima, mientras que en el artículo de Ramón Díaz hay críticas muy contundentes. Y que conste que entiendo el sentido periodístico que le da el redactor de LNE.

Finalmente, quiero felicitar me por el hecho de que haya personas e instituciones que están trabajando para desarrollar en la práctica propuestas como las de la citada Estrategia Europea sobre Biodiversidad para prados de montaña. Y expresar mi gratitud a Laura García de la Fuente (a quien dirigí su memoria de investigación sobre el valor del oso en el marco del programa de doctorado del Departamento de Economía Aplicada) y a Pilar Manteca (cuyas publicaciones he citado en más de una ocasión) por sus trabajos aplicados, que forman parte de la necesaria implicación social de los institutos de investigación.

Es en la línea de la vieja Extensión Universitaria ovetense y en la de profundizar en la contribución de la universidad en la sociedad en la que siempre he querido acercarme a problemáticas como las aquí comentadas, desde muy antiguo y en foros tanto académicos como de la sociedad civil. Miro a lo lejos y veo mi participación en las Jornadas del Valle del Eze o en los Encuentros en Torazo en los años ochenta (GET, 1994), donde personas de muy diversa procedencia discutimos sobre el complejo mundo rural, buscando una vía de progreso. Muchos años después, seguimos haciéndolo. Y creo que la propuesta de tender puentes es mejor que la de defender trincheras, esa ha sido siempre mi máxima. He acudido a la llamada de muchos partidos y organizaciones, desde IU, PSOE, Los Verdes, Andecha Astur, PP, Foro Asturias o Podemos hasta, ahora, Alternativa Verde por Asturias EQUO. Es preciso hablar y escuchar, digerir, y proponer. Cuando escribo un artículo científico, me dirijo a un público determinado y con unas

normas claras. Al participar en un debate como este, procuro dejar clara mi opinión, más allá de lo meramente científico-técnico. Terminó como empecé: es la sociedad quien debe marcar los objetivos, y nuestras múltiples contribuciones tienen algunos cauces para llegar a los decisores de gobiernos y parlamentos y, muy importante, para convencer a los decisores a pie de calle. Espero que de aquí salga alguna idea útil para formar esa resultante final.

ALGUNAS REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alba, J. (2007): “Los usos del suelo en la perspectiva del desarrollo sostenible”, en Fernández, A. y Alonso, M^aR. (2007): *El medio rural y la difusión urbana*. KRK. Oviedo.

Alba, J. (2012) : “Spain: Somiedo Natural Park bringing “everything to live”, en Dudley, N. & Stolton, (2012): *Protected Landscapes and Wild Biodiversity*. Volume 3, colección Values of Protected Landscapes and Seascapes Series. Gland. Switzerland. INTERNATIONAL UNION FOR CONSERVATION OF NATURE (IUCN), 104 págs., págs 27-34.

Alba, J., Mier, M. (2014): “Pérdida de bienestar de la población rural de la Cordillera Cantábrica”, Comunicación presentada en CABISE 2014, actas en [https://www.researchgate.net/publication/301342867 Perdida de bienestar de la a poblacion rural de la Cordillera Cantabrica](https://www.researchgate.net/publication/301342867_Perdida_de_bienestar_de_la_poblacion_rural_de_la_Cordillera_Cantabrica) (última consulta el 15-1-2020)

COMISIÓN EUROPEA (2011): Estrategia Europea sobre la Biodiversidad hasta 2020. OPOCE. Luxemburgo
https://ec.europa.eu/environment/nature/info/pubs/docs/brochures/2020%20Biod%20brochure_es.pdf (última consulta el 18-1-2020)

García Manteca, P., García de la Fuente, L, González Iglesias, V. (2018): “Diagnóstico de la situación de prados de siega en el suroeste europeo: análisis diacrónico en el Parque Nacional de los Picos de Europa”. *Naturalia Cantabricae*, nº6 (1), págs.. 1-21

GET (1994): *Perspectivas del mundo rural asturiano: encuentros en Torazo* 1987.94. GET, Torazo. 262 págs.

Reiné, R., García de la Fuente, L, Guzmán, D., Barrantes, O (2019): *Criterios para establecer una ayuda específica de la PAC en los prados de siega de montaña*

https://www.researchgate.net/publication/334561096_Criterios_para_establecer_una_ayuda_especifica_de_la_PAC_a_los_prados_de_siega_de_montana (última consulta el 20-1-2020)

Seattle (1854): *Chief Seattle Letter to All*
<http://www.csun.edu/~vcpsy00h/seattle.htm> (consultada el 25-1-2020)